

De las "barricadas" a la buena mesa

Treinta años no es nada, pero estos 30 años de CAMBIO16 tienen un peso, un peso brillante de muchos kilates, que no caben en tres cuartos de hoja. Y uno a estas alturas de curso no se quiere tirar el folio de escribir sobre lo que ha sido y esperemos que será —al menos otros 30 años, para que los jóvenes redactores de hoy cuenten o canten la treintena— esta revista. Y por la gracia del director, Paco Caparrós, compañero y sin embargo amigo, me tocó la pequeña "china" de contar mi paso casi ininterrumpido en *Cambio* (salvo la etapa que estuve en *Diario 16*, el diario de la "Libertad sin ira").

Ha llovido mucho, porque "tenía que llover a cántaros", como cantaba Labordeta en los años difíciles, desde el primer número, el de la "Inversión congelada", hasta el último.

Y esta cabecera, contra viento y marea, con se-

cuestrros y zancadillas, con palos y puntapiés, sigue viva y coleando. En esta larga batalla, el gran estratega fue el fundador, Juan Tomás de Salas, quien se fue... sin hacer ruido, aunque su sello quedó. Pero el cuadro de profesionales, de cientos de periodistas, fue el que plantó cara hasta el lucero del alba, para que esta revista siempre estuviera en "pie de guerra". Lo del "no

hay que casarse con nadie", fue, de alguna manera, la consigna de esta casa, cuyos miembros no comulgaban... con ruedas de molino. Carmen Rico Godoy, que también se despidió sin ruido de este mundo, siempre puso los puntos sobre las "íes", en sus mil y un artículo, llenos ironía, corrosión y ternura.

Y a uno sólo le queda poner el punto y coma a esta historia que comenzó el 22 de noviembre de 1971 en la calle García de Paredes (de Madrid). Las máquinas de escribir, como se aprecia en





la imagen en blanco y negro, echaban humo (el papel pautado en blanco, con dos copias del rosa al amarillo). Esta revista, que se arropaba bajo el rótulo de Economía y Sociedad, se convirtió en la exponente de todos los "sin voz" (obreros, intelectuales, profesionales y hasta algunos pequeños empresarios) en los últimos años del franquismo. El que suscribe hacía, en la primera época, la llamada "información laboral", en la etapa que los "grises" iban a la caza del obrero y del "rojo". Eran los años de contar lo que pasaba en "las barricadas" y volver sano y salvo a la redacción de López de Hoyos (segundo domicilio de la revista).

Con el paso del tiempo Cambio llegó a la emblemática zona de los Jerónimos, cerca de la Real Academia y del museo del Prado, pero esta casa no es academicista ni pieza de museo. Sigue a pie de calle. Y uno, que hace años que pinta canas (el tiempo que no perdona), se dedica a la buena mesa; es decir, a escribir la crónica del buen comer, a reflejar los fogones, cocineros, restauradores y de hombres de buen vino (como una premonición, en el primer número ya escribí lo de "La *ostpolitik* de los tenedores" sobre el restaurante de José Luis). Esta casa tuvo un gran gastrónomo: el maestro Xabier Domingo. Punto y final.

Antonio Ivorra